

La hora de la sostenibilidad



HERMINIO
PICAZO

Cualquier momento es bueno, y más si es el momento del comienzo de algo, para recordar cuáles debieran ser algunas de las prioridades que asuma una sociedad que quiera ser avanzada y contemporánea.

Es claro que las personas, los grupos, las aportaciones de tantos y las conciencias de muchos, han conseguido que algunos conceptos se muevan por derecho propio en el campo de lo incontestable. Es la experiencia la que manda, es la sensatez y el conocimiento quien dirige, es quizás la moral y la ética las que informan sobre cómo de aspiraciones universales son, por ejemplo, los derechos del niño, la igualdad de géneros o el valor superior de la paz.

Y, al igual que los anteriores, la sostenibilidad es uno de esos conceptos que nos toca tener siempre presentes. Un concepto con carta de naturaleza, con definiciones y prácticas más que contrastadas, con oportunidades perfectamente viables, que debe operar más allá de escenarios de coyuntura o de momentos particulares, más allá incluso de los horizontes esperanzados o desesperanzados del día a día.



En lo que hay acuerdo general es que para hacer posible la sostenibilidad no basta con salpicar aquí y allá los textos, los documentos, las leyes o las proclamas, con palabras del tipo desarrollo sostenible, compatibilizar con el medio ambiente, preservar la naturaleza o cosas de similar buen tono. Es necesario creérselo y aplicarlo extensivamente en todos los actos de cuyo desarrollo se puedan derivar consecuencias sobre los parámetros de la propia sostenibilidad; es decir, sobre prácticamente todo. Sin maximalismos ni demagogias, claro; pero también sin hi-

procesia, medias tintas o tibieza.

En el ámbito de lo práctico lo primero que debe ocurrir para que sea posible la sostenibilidad no es lo que muchas veces se dice: que los ciudadanos nos concienciamos de que, por ejemplo, debemos respetar las zonas verdes, reciclar nuestras pilas o consumir menos agua. Claro que esto es muy importante, cómo voy a negarlo. Pero estas cosas vendrán como añadidura, o al cabo servirán para espolear imparables procesos, para el caso de que sea en los ámbitos de decisión donde se decida crear las zonas verdes, colocar conte-

nedores para el reciclaje de las pilas, o racionalizar la oferta y la demanda de agua. Estando creadas las condiciones, la propia madurez de la sociedad, apoyada por los meritorios programas de educación ambiental que escuelas o algunos ayuntamientos ponen en práctica, haría que los caminos de la sostenibilidad fueran transitables.

El caso es que la forma en que una sociedad, dirigida por sus políticos, aplica su desarrollo con criterios realmente sostenibles, indica muy bien la cultura de la que pueda hacer gala esa sociedad, sus oportunidades de verdadero futuro, sus opciones de competitividad bien entendida, la imagen que dibuja no sólo un escenario hacia el exterior sino sobre todo una identidad hacia el interior de la que sentirse orgulloso. Si la cultura es de planificación, de sensatez, de acción meditada, la sostenibilidad estará en buena hora. Si la cultura, y por ello su praxis, es de extensividad, de descoordinación, de prioridad para el beneficio inmediato, de falta de control, entonces la sostenibilidad estará pasando por un mal momento.

Toca leer bien el contexto. Y creer que, como decía **Maurice Strong** cuando ejerció de presidente de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992, hemos esperado mucho tiempo al desarrollo sostenible pero el problema es que no nos queda mucho más tiempo para esperar.

Un concepto con carta de naturaleza, con definiciones y prácticas más que contrastadas, con oportunidades perfectamente viables, que debe operar más allá de escenarios de coyuntura o de momentos particulares, más allá incluso de los horizontes esperanzados o desesperanzados del día a día